DOCUMENT RESUME

ED 067 908 FL 003 309

AUTHOR	Methol Ferre, Alberto
TITLE	En el Epicentro de Cordoba (In the Epicenter of Cordoba).
INSTITUTION	Federation de Universidades Privadas de America Central y Panama, Guatemala City (Guatemala).
REPORT NO	FUPAC-EST-4
PUB DATE	Nov 71
NOTE	24p.
EDRS PRICE	MF-$0.65 HC-$3.29
DESCRIPTORS	Colonialism; Cultural Background; Educational Improvement; *Educational Philosophy; Foreign Relations; *History; Imperialism; International Education; *Latin American Culture; Modernism; *Nationalism; Political Attitudes; Religious Factors; Sociology; Spanish; *Universities
IDENTIFIERS	*Latin America

ABSTRACT

This paper provides a discussion of Latin American university reform within the context of Latin American colonial and national history and within the larger framework of international affairs. Particular individuals who played significant roles in educational as well as political reform are considered. The discussion uses Raul Haya de la Torre as its point of departure and cites Fidel Castro as the farthest point so far in the nationalization of modernism. (VM)

U.S. DEPARTMENT OF HEALTH, EDUCATION & WELFARE
OFFICE OF EDUCATION

THIS DOCUMENT HAS BEEN REPRODUCED EXACTLY AS RECEIVED FROM THE PERSON OR ORGANIZATION ORIGINATING IT. POINTS OF VIEW OR OPINIONS STATED DO NOT NECESSARILY REPRESENT OFFICIAL OFFICE OF EDUCATION POSITION OR POLICY.

ED 067908

FUPAC-EST-4
NOV- 71

II SEMINARIO FUPAC

IDENTIDAD Y REALIZACION DE LAS UNIVERSIDADES PRIVADAS

"EN EL EPICENTRO DE CORDOBA"

Alberto Methol Ferré

FILMED FROM BEST AVAILABLE COPY

FL003 309

EN EL EPICENTRO DE CORDOBA

DE Raúl Haya de la Torre Alberto Methol Ferré

A Fidel Castro

1- Por qué Haya de la Torre?

En estos años, de creciente y desgarrada unidad problemática latinoamericana, donde los planteos y acciones se efectúan de más en más a la estatura necesaria, América Latina, rompiendo los viejos límites de campanario, desde los obispos de Calam hasta los revolucionarios de la Olas, desde los economistas de Cepal hasta las conferencias gubernamentales del Mercado Común, desde los "boinas verdes", rangers, hasta las guerrillas, pasando por una ya no recordable jungle de nuevas siglas, bancarias, empresariales, sindicales, etc. Para qué rememorar a Haya de la Torre? Qué conexiones tiene con todo esto? O más aún, para qué restituírlo en función de todo esto? Acaso tiene que ver mucho con todo esto? Pareciera desproporcionado. Lo que hoy aparece más bien revelaría insignificancia. Pocos hombres de tan maltrecha fama entre las nuevas generaciones, donde corre de boca en boca el santo y seña de "revolución" y Haya sólo es una mala palabra. Al punto, que los espontáneos reflejos de repulsa inhiben el menor intento de intelegir a tal apóstata, más allá de la compulsión del mero denuesto. El solo querer entenderlo suscita retracciones y suspicacias. Grande tuvo que ser su apostasía para tal muerte civil. Qué habrá pasado con ese Haya, que el primer Congreso Latinoamericano de Estudiantes de 1937 en Santiago de Chile proclamara con fervor "Maestro de Juventud" y "Ciudadano de América". Acaso el viejo Haya lleva un gran estudiante muerto en su alma? Qué fue? Porque hoy se sabe más de su decadencia que de su esplendor, y entonces la decadencia se vuelve vacua y falta de concepto. Debemos así remontar de las malas palabras a su génesis, que son las buenas palabras. Y de la inopia del rictus, a la comprensión histórica. El tiempo del desprecio para Haya ha sido tan profundo, que linda ya con su más supina ignorancia, y hace sospechar las dimensiones de grandeza del apóstata. Perder a Haya como él se perdió a sí mismo, no será una inmensa pérdida para las nuevas generaciones latinoamericanas? Las grandes caídas están reservadas sólo a los grandes. Tienen también el terrible privilegio de las mayores desventuras. Es justo que así sea.

Estamos en el Cincuentenario de la Reforma Universitaria, aquel prodigioso movimiento estudiantil que conmovió a toda América Latina. Conmemorarla y sintetizarla, apreciarla y criticarla, es referirse inevitablemente a su hijo y protagonista directo, Haya de la Torre. Es en él, donde la Reforma Universitaria del 18 alcanza su más alta expresión y riqueza. En él, donde se retratan también todas las miserias, claudicaciones e impotencias de su generación, la llamada "generación latinoamericana del año 20". O sea, de nuestros directos progenitores. Y señala con claridad la primera gran convulsión común, bajo variadas formas, de la irrupción de las clases medias en la vida real de América Latina. Es la primera oleada conjunta de las clases medias dentro del viejo sistema patricio terrateniente y de oligarquías comerciales, signo de nuestro atraso y nuestra dependencia agroexportadora. Y el ariete tomó la figura del estudiante.

En efecto, desde el 900 comienzan los grandes discursos a la "juventud", síntoma de la presencia ponderable de las nuevas clases medias. Sólo en ellas hay "juventudes", momento de la sociabilidad que les está vedado a campesinos y proletarios. Pues es un fruto de la transición entre la sociedad doméstica y la sociedad política, un singular, fugaz y brillante momento en que todo está en vilo y cuestionado, donde las ideas se libran de la pesadez de las cosas y hasta pueden escudriñar su sentido. Claro, no siempre, pues corren el peligro mortal de la ingravidez. Esta transición, lugar de grandes elecciones, de enfrentamiento directo y global con la condición humana, está posibilitada por una cierta exoneración, de la penuria del plan de cada día, cuando todavía los padres subsidían el propio asesinato y las rebeldías de sus hijos. Y para ello hace falta un cierto status económico, o la aspiración potente a un status social que alienta el sacrificio de los padres. Paro de algo disponen, para sacrificar. Así, la pujanza de las juventudes latinoamericanas que alborea con el siglo, es señal de la formación ascendente de las clases medias, que quieren hacerse un lugar bajo el sol. "Mi hijo, el doctor" resume esa voluntad y objetivo. Sólo que las clases medias, por su propia situación en la sociedad se bifurcan siempre entre dos caminos, que normalmente conviven en el alma estudiantil: acceder hacia "arriba", ser reconocido en la sociedad real tal como está estructurada, o repudiar a esa sociedad solidarizándose con los de "abajo", herido por la injusticia y con los instrumentos conceptuales para visualizarla. La propia situación mediadora de las clases medias les posibilita, ya que o manipular, entender y

abrazar a la vez arriba y el abajo, penetrar sus mecanismos de relación, padecer en su intimidad todas las contradicciones de la sociedad y es por eso que de su seno salen los mejores dirigentes de la revolución y de la contrarevolución, de la protesta y del conformismo. Y también la ambigüedad de protestas que son máscara de conformismo. Todo esto se objetivará en alto grado en las vicisitudes de los reformistas del 18.

Antes de Córdoba, los maestros se dirigían a la juventud, José Enrique Rodó, es el mayor testimonio de esa devoción magisterial a la juventud que comienza a ser atributaria de maravillosas virtudes. Pero en Córdoba la juventud ya habla por sí misma y sobre sí misma: "La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace méritos adulando y comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien." Así se pone de manifiesto en Córdoba. Y es también el tiempo en que ella misma empieza a designar "Maestros de Juventud", epidemia por suerte clausurada, dado el pertinaz infortunio de esas consagraciones, que se condenan, en ese personaje mosqueteril y oportunista de Alfredo Palacios. Payasos políticos, de tan larga vetustez asentada en la siempre renaciente credulidad de los jóvenes, como Palacios ponen de relieve hasta que punto el ser joven no es sólo un acierto, y que el riesgo propio de la juventud es el espejismo. Porque su vocación también es la ruptura de los espejos, la iconoclastía. Tarea saludable, siempre necesaria pero más difícil y compleja de lo que habitualmente tiene la tentación de creer. Porque el heroísmo se forja junto a una gran paciencia y perseverancia, en la edad de las impaciencias y las cuentas de color. Dice la canción que "amores de estudiantes flores de un día son", pero si prosiguen, quizá sean los mejores. Son la sal del mundo. Pero no es fácil esa fidelidad renovada a la frescura, a la generosidad fraterna, al asombro y a la inteligencia en maduración.

Por Córdoba, la juventud entra en escena por si, en América Latina, u nos exhibe, desde ya los rasgos más comunes a todas las juventudes. Pero nada se agota en la generalidad, que es sólo el primer paso hacia un concepto más diferencial y específico. Como en todo, hay también una historia de las juventudes, y las de hoy no son ni pueden ser las de ayer, a pesar de sus parentescos. Importa pues

aquilatar en su originalidad el significado latinoamericano de Córdoba, para impedir que las juventudes de hoy por ignorarlo, prosigan en rutinas creyendo que son renovaciones, y estén en mejores condiciones para decir su propia palabra, que sólo puede proferirse en la adecuada conciencia de su situación. Y conciencia situacional, es conciencia histórica. Esta, en América Latina, implica un denodado esfuerzo a contramano.

En efecto, la condición semicolonial de América Latina, engloba y contamina todos los aspectos de su vida social. Y la Universidad, como institución, es quizá la más vulnerable y sensible, en el plano de la cultura, a esa disposición. Es en la Universidad donde llega a su paroxismo la contradicción entre el "coloniaje mental" y la necesidad de librarse de él. Por medio de la Universidad, abierta de suyo a la Universidad, se introducen sin cesar las poderosas corrientes del pensamiento científico, filosófico y social de las metrópolis, que por responder a situaciones profundamente diversas, distorsionan de continuo la auténtica "modernidad" universitaria en relación a las necesidades de su pueblo, conduciéndolas a menudo a pseudo-soluciones, desarraigándolas de su misión. Pero por otra parte, esa Universidad no puede pura y simplemente arraigar, porque le significaría otro tipo de renuncia a su necesidad de promover su ámbito, cosa que no podría lograrse sin asimilar creadoramente las conquistas e inquietudes de las sociedades de mayor desarrollo, que son a la vez las dominantes. Por eso, nuestras Universidades subdesarrolladas son como Jano, tienen dos caras. Por una, son imantadas por sus metrópolis culturales ajenas. Por otra, quiere atender y ligarse a su pueblo, del que mucho tiene que aprender. Pero ese no es un aprendizaje con envase académico. Y así, el péndulo universitario se mueve sin cesar entre ambos polos, oscilando entre una alineación soberbia, que genera un "despotismo ilustrado", "educador del soberano", y un irrestañable complejo de culpabilidad, por nostalgia -distancia e incomunicación- con su pueblo. Es de esa situación inexorable que surge el campo específico de las grandes confusiones universitarias, la diversidad de sus caminos. Nada más ejemplar que la desgraciada historia del movimiento estudiantil argentino, en la cuna misma de la "Reforma Universitaria", donde en los momentos decisivos, fue instrumento de los peores intereses, creyendo liberar. Nacida la Reforma bajo la protección e impulso del Irigoyen, será la Fuba punta de lanza contra el mismo Irigoyen en el 30, abriéndole paso al golpe reaccionario de Uriburu y la "década infame". Luego volverá a sus andadas, contra la irrupción nacional popular del 45 con Perón y, según cuenta Ciria (1), nació en su seno la "Unión Democrática" capitaneada por la oligarquía vacuna y el embajador Braden. Y podríamos abundar con otros ejemplos. Es que la Universidad

a pesar suyo, está expuesta como nadie a los verbalismos ornamentales y al "ghetto" no obstante su pretensión de vanguardia. Ninguna vanguardia verdadera se aisla del grueso del ejército, pero de suyo corre siempre ese peligro, y es el de encontrarse de sopetón a la retaguardia, por extravío. No es extraño: como los estratos universitarios pertenecen además en gran parte a sectores acomodados de las clases medias, es común encontrar en su seno la mistificación de las buenas conciencias, que encubren su conservatismo con radicalismos. Pero hay también lo contrario, una verdadera historia del heroísmo universitario, una actividad fermental y promotora, en lucha contra las estructuras opresoras arcaicas y sus miserias. Los militantes universitarios se han convertido en elementos políticos decisivos de grandes movimientos populares latinoamericanos. Ello es indudable, y ha sido y será de la mayor fecundidad. Pero, en las loas del aniversario, es bueno recordar que la sangre universitaria no corrió sólo por el lado de las causas nacioles.

Y qué pasa con los estudiantes y la historia? Pues es en el ámbito estudiantil donde se presenta mas agudamente la cuestión del rol de las generaciones en la historia. Es donde el Jano universitario casi ha perdido su rostro nacional. Uno de los dramas esenciales de los países semicoloniales es la "discontinuidad generacional". Entre dos generaciones latinoamericanas sucesivas se introduce siempre una cuña, que es la generación europea (con algún norteamericano) procedente. Como filiación intelectual, cada generación latinoamericana queda emparedada entre dos generaciones europeas, a las que se liga mucho más hondamente que con sus antecesores latinoamericanos. Tal la regla general, que admite excepciones. De tal modo, la vida intelectual pierde densidad crítica y capacidad de diálogo, y no puede constituírse una auténtica tradición nacional. Los padres quedan estériles de sus hijos, aún para su asesinato crítico, lo que sería un modo profundo y esencial de continuidad. Qué comunidad puede construírse si no? Pero la forma del parricidio colonial, es simplemente ignorarlos, desdeñarlos, o dejarlos abandonados en el incienso del elogio de sus capillas, y adoptar al maestro extranjero de última moda. Ayer existencialista, hoy estructuralista, mañana vaya uno a saber, porque nos caen como peludo de regalo. La pendiente de la facilidad del latinoamericano es encontrar maestros extramuros, más que en su propia tierra. Respecto de ella, propende a comportarse como Adán, el primer hombre sin serlo, lo que es su inconveniente. Las generaciones latinoamericanas, son en relación consigo mismo, "sandwich". Y así sucesivamente, en la noria de la alineación colonial. Este fenómeno del "adamismo" latinoame

ricano, de su desencuentro y superposición de actualidades metropolitanas y propias, se abulta naturalmente con el estudiante un Adán redoblado, puesto que recién ingresa a la historia. Entonces semicolonia y juventud se conjugan en él más atroz desconocimiento de la historia concreta latinoamericana, a la vez que la busca a tientas, declamando sobre la "historicidad" sin historias reales. Tuvimos maestros en nuestra América? se ha preguntado hace décadas Luis Alberto Sánchez. En tal sentido, el rito de los "maestros de juventud" tuvo ese aspecto positivo, quería encontrarlos aquí, y expresaba retóricamente una necesidad auténtica. Pero, qué mejor maestra que la historia propia, esa que traspapelamos a cada paso? Una razón más, pues, para tomar directamente y sin tapujos a Haya de la Torre. Nadie como él, para permitirnos reasumir medio siglo de historia latinoamericana y poder proseguirla críticamente, como se debe, sin la calesita de comienzos que son repeticiones desvaídas. Nadie como él, para ser guía en retomar hilos perdidos, en función de lo más candente de nuestra actualidad histórica.

Desde un punto de vista católico latinoamericano, hay todavía nuevas razones para hacerlo, además de lo expuesto. Y es que en su propio ámbito, cincuenta años después, y por supuesto bajo otras modalidades e imperativos, la Iglesia Católica en su nueva dinámica, se encuentra abocada a su propia "Reforma Universitaria". Las Universidades Católicas latinoamericanas tienen ahora su Córdoba, que es Buga. Los resultados del Seminario de Buga, de febrero de 1967, sobre la misión de la Universidad Católica en América Latina, inician un tiempo "cordobés" religioso y moderno. La conmoción producida por sus documentos fundamentales está ya abierta, y la crisis de las Universidades Católicas de Santiago de Chile y Valparaíso, son el ejemplo más notorio de este proceso en marcha. En el orden de la "democratización de la Universidad, la afinidad entre Córdoba y Buga es notoria, si bien sus bases teológicas y filosóficas, muy distintas. La hora americana de Córdoba se hace también la hora americana de Buga, donde los obispos desde el evangelio asumen la tarea de "la desalienación de posturas generadoras de la cultura colonista". Y esto qué implica sino la comunicación abierta con la historia de nuestros hermanos latinoamericanos? A plena conciencia, pues sólo se supera y trasciende, lo que se asume vitalmente. Por otra parte, tal circunstancia es aún más abarcadora, puesto que en las Universidades estatales latinoamericanas circula la mayor parte de las juventudes católicas, lo que acrecienta la urgencia del replanteo cordobés, que en cierta medida se hizo, o así lo creyó, contra nosotros. O que dejó a la vera del camino a los católicos. Los ventisqueros de hoy, que con-

mueven a la Iglesia Latinoamericana son las primicias del deshielo, un anuncio de primavera. Confluyen aquí muchos factores, pero muestran de consuno un nuevo fenómeno: la potente irrupción de nuevas clases medias en la Iglesia y en América Latina. Hay como el augurio de una segunda oledad continental, latinoamericana. Por eso, es momento de retomar a nuevo nivel las tradiciones de Córdoba y sus grandes cuestiones, que son las nuestras. Qué mejor mediador entonces para la asunción de Córdoba y sus tareas inconclusas o frustradas que Haya de la Torre, que está en la cruz de los caminos latinoamericanos del siglo XX?

Y finalmente: Por qué de Haya a Fidel? Tanto está Haya en el epicentro de nuestro siglo, que es también antecedente inevitable de Fidel, como génesis histórica y como ámbito problemático, pues ambos, de un modo u otro se abocan a la magna cuestión de la unidad nacional latinoamericana. Son como los dos extremos de un mismo proceso. Esto es muy evidente y ya Halperin señalaba: "Parecía poco probable que la generosa y no siempre coherente ideología reformista lograse sobrevivir, alcanzase eco más allá de la circunstancia universitaria. Sin embargo, lo alcanzó en toda latinoamérica: jefes de grandes movimientos populares, desde Víctor Raúl de la Torre hasta Fidel Castro desarrollaron trayectorias no necesariamente coincidentes a partir de una rebelión universitaria cuyas exigencias declaran mantener en su sucesiva acción política". (2)

De ser cierto lo que afirmamos, y de ello estamos convencidos, es fácil comprender que el título de este artículo desborda ampliamente lo que aquí podemos tratar. Es más bien y nada más que una primera aproximación, un esbozo, como una introducción a una perspectiva de América Latina contemporánea desde sus raíces. Lo que sigue, será un esquema global, sencillo, para que otros se aventuren también por una ruta que creemos fecunda. Partir de problemas más que de soluciones, tender comunicaciones, anudar nuestra historia, para abocarse fielmente y con inteligencia a las tareas de liberación nacional y social que a todos se nos reclama. Cristo vino a cumplir la historia de su pueblo, Israel. Los cristianos latinoamericanos debemos cumplir así la historia de nuestro Israel, América Latina. Con nuestro pueblo y la Iglesia peregrina, que es de todos los pueblos, la Israel universal de todos los Israel.

2. El Novecientos, Resurrección Bolivariana.

El novecientos hispanoamericano reabre una nueva instancia histórica para lo que parecía extraviado. Desde el magno intento del Congreso de Panamá, convocado por Simón Bolívar en las postrimerías de la primera emancipación, para salvar la unidad nacional latinoamericana, la historia pareción condenar definitivamente tal tarea. América Latina balcanizada por la alianza comercial de la industria inglesa y los patriciados regionales agroexportadores, consolidó su extrañamiento recíproco en una veintena de repúblicas, semicolonias caricatura de nación. Al último período del siglo XIX le llaman por lo general nuestros manuales, el del "civilismo" o de la "organización nacional", cuando era su más perfecta desorganización. Sin embargo, el novecientos americano se vuelve nostálgico y esperanzado de la unidad perdida, y quiere remontar nuevamente el tiempo. Qué había pasado?

Desde el 90 hasta la Primera Guerra Mundial, grandes acontecimientos, sacudían la conciencia latinoamericana. Esa conciencia se resumirá con todas sus contradicciones y potencias, en el ciclo del movimiento "modernista". Estamos en el apogeo del imperialismo europeo, que se hace mundial y termina el reparto colonial, a la vez que desde su altitud hurga en todas las variadas culturas humanas, a todo lo ancho del planeta y a todo lo largo de sus tiempos. Es la plenitud del capitalismo europeo: el inglés Hobson desentrañará su índole en "El Imperialismo" (1902) y el austríaco Hilferding describirá los mecañismos de "El Capital Financiero" (1910). La Europa del novecientos proyectará su Cosmopólis en América Latina, en su más próspera factoría, rebosante de inmigrantes y riqueza: Buenos Aires. El modernismo partirá de Buenos Aires en la década del 90 encabezado por el cónsul colombiano, el nicaragüense Ruben Darío: "Entonces se producía en el Río de la Plata el fenómeno sociológico del nacimiento de ciudades únicas cosmopolitas y políglotas, como este Gran Buenos Aires, flor enorme de una raza futura. Entonces tuvimos que ser políglotas y cosmopolitas y de todos los pueblos nos viene la luz" (3). Es allí donde nace propiamente la primera generación latinoamericana, luego de la disgregación que siguó a laindependencia, con la "Revista de América" y "El Mercurio de América", donde se congregan junto al nicaragüense, argentinos, uruguayos, bolivianos, colombianos, venezolanos, guatemaltecos. De allí irradiarán a toda la lengua española, y se darán cita en París y Madrid. El modernismo es la punta más extrema de la alienación latinoamericana en Europa: sus

lujos, decadencias y neurastenias residen en París, y reencuentran sus viejas fuentes en Madrid. Pues a la vez ese fuera es un unificador lugar de encuentro, y punto de partida para el redescubrimiento de América Latina. De todos los pueblos, volvían a su pueblo. De metrópolis, a su casa.

Y el agente catalizador de ese retorno sobre sí será la ponente irrupción del "Destino Manifiesto" yanqui en América Latina. Es lo que un hombre del New Deal, Flagg Bemis, denominará tímido y elíptico "el imperialismo protector": "El nuevo destino manifiesto", la cuestión de Cuba y la Guerra con España habían introducido una nueva era en la política latinoamericana de Estados Unidos, era de imperialismo protector enfocado a la defensa del canal a través del istmo, que permitiera un pasadizo entre las dos costas de la república continental, vital para sus comunicaciones navales y para su seguridad de la república continental ha sido siempre la consideración primordial de su política exterior y a ella ha contribuído en forma muy importante su política latinoamericana" (4). Así se abrirá esa política de seguridad yanqui, que comenzando por el Caribe se extenderá luego a toda América Latina y al mundo. Esa política de seguridad abarca tanto que se confunde con expansión, y América Latina será hasta hoy la víctima predilecta de sus protecciones, bajo el palabrerío de "lucha por la democracia".

Cosa singular, será Cuba el punto de partida de la nacionalización del modernismo, la piedra de toque para una nueva conciencia latinoamericana. La última retirada española, visualizará el avance norteamericano. Ya en el Congreso de Panamá, Bolívar quiso emprender la liberación de Cuba y Puerto Rico, pero su propósito fue impedido por Estados Unidos, que amenazó con ruptura. Si Estados Unidos frustró la culminación bolivariana, fue porque reservaba a Cuba y Puerto Rico para sí. A tal punto que posteriormente realizó varias gestiones para comprar a España esas "islas". Finalmente, en el 98 procede a su ocupación desembozada, so pretexto de "liberarlas". Luego de la Enmienda Platt, será el cubano Enrique José Varona, el que intente desnudar los nuevos fenómenos de modo objetivo con el "Imperialismo a la luz de la sociología", en 1906. Y las astucias de la historia, han hecho que en nuestros días sean justamente Cuba y Puerto Rico los que simbolizan las dos posibilidades fundamentales del futuro de América Latina. Los que estaban más atrasados respecto al ciclo de la primera emancipación, nos muestran lo más avanzado de nuestra actualidad.

Aunque hay otros, con tres nombres se puede respresentar la trasmutación del modernismo en políticas. Y son el uruguayo Rodó, el peruano García Calderón, y el argentino Ugarte. Más que en política, en teoría política o agitación política.

Con el "Ariel" (1900) de Rodó se abre el nuevo período. Es un discurso ético y estético, pero desde su postración los latinoamericanos vieron una compensación en las figuras de "Calibán" (el imperialismo) y "ariel" (ellos mismos). Si los Estados Unidos tenían el poder, nosotros el espíritu. Era el consuelo y motivo de los débiles. Era un aliento y un sostén, en una historia mezquina. Y todo nuestro ámbito mestizo se sublimó en una retórica de mármoles y bronces, Partenones y Areópagos, idealidades. Pero Rodó fue más lejos. Desde Montevideo proclamó que Bolívar era incomparable, una síntesis superior de "Artigas y San Martín", y tomando como modelo las recientes luchas por la unidad nacional alemana e italiana, penetraba casi hasta el fondo de la cuestión: "Patria es, para los hispanoamericanos, la América española. Dentro del sentimiento de la patria cabe el sentimiento de adhesión, no menos natural e indestructible, a la provincia, a la región, a la comarca; y provincia, regiones y comarcas de aquella gran patria nuestra, son las naciones en que ella se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así. La unidad política que consagre y encarne esa unidad moral -el sueño de Bolívar- es aún sueño, cuya realización no verán quizá las generaciones hoy vivas. Que importa! Italia no era sólo una expresión geográfica de Metternich antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria; era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia, una y personal, existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó contorno y color en el mapa de las naciones". Cabe señalar que Rodó usa el término "española" en sentido amplio, pues puntualiza que incluye a Brasil. Rodó lanza en la apertura del siglo XX, la reafirmación bolivariana: "Pero la plenitud de nuestros destinos se acerca y con ella, la hora en que toda la verdad de Bolívar rebose sobre el mundo". (5)

Francisco García Calderón, enuncia con claridad que la Doctrina Monroe de "defensiva" se hace "tutelar". Sus dos grandes obras son "La Creación de un Continente" y"Les democraties latienes de L'Amérique", (escrita en francés, y nunca traducida al español) de 1912. Perpetuo diplomática en París, García Calderón escribe con reposo académico y prosa galicista, pero pocos intentos de síntesis tan orgánicos y profundos como los que él hizo. Esta-

mos en pleno auge del antiimperialismo hispanoamericano, cuando abundan las historias del "panamericanismo" y de los avances de la "Política del Garrote" de Teodoro Roosevelt, cuyo logro más alto fue la invención de otra "república", la de Panamá, a costa de Colombia. El Panamá de Bolívar se había hecho el Panamá del Imperio. Estímulo poderoso para la reflexión histórica! Y con García Calderón se realiza la primera historia general de América Latina, el primer esfuerzo de asumirla concretamente en su proceso de formación conjunta. Aunque conservador, clama por "una clase media coherente' que equilibre y funcionalice mejor a la "confusa plutocracia".

Argentino, literato, hijo de estancieros que le llevan como es obvio, a París, Manuel Ugarte hace su conversión latinoamericana en su primer viaje a New York en 1900 donde escucha en un mitin entre aplausos: "Hemos empezado a tomar posesión de un Continente" y descubre la vocación de la política norteamericana enunciada por el senador Preston en 1838: "la bandera estrellada flotará sobre América Latina hasta tierra de Fuego, único límite que reconoce la ambición de nuestra raza" (6). Desde entonces será el insobornable propagandista de la unidad nacional latinoamericana, del reencuentro de la Patria Grande desmantelada en patrias chicas. Gastará toda su fortuna en sus giras por toda América Latina, apóstol de la idea que le valdrá casi el destierro perpetuo. Afiliado al partido socialista argentino de Justo, su representante en los Congresos de la Segunda Internacional de Amsterdam y Stuttgart donde alternará con Jaurés, Lenin y Kautsky. Será expulsado por el Partido Socialista argentino que negaba la existencia del imperialismo y justificaba la intervención norteamericana en Panamá. Es interesante señalar que este nacionalista latinoamericano, socialista, que distinguió siempre a las naciones opresoras de las oprimidas, fue en su fuero íntimo católico. Lo singular es que tal sentido no se trasluce explícito en su obra pública, y esto está ligado sin duda al estado de la Iglesia, en especial la latinoamericana, encerrada en sí misma y alimentada por una teología que era más bien derecho canónico, ajena a la historicidad. De tal modo, Ugarte fue una conciencia desgarrada y no logró unificar de raíz sus convicciones rectoras.

Ugarte, como un precursor ideológico de Guevara, recorrió incansable a América Latina. El estudiantado lo aclamó por doquier y reunión en torno suyo a multitudes efímeras. Una calles de Méjico y un mural de la Universidad de Guayaquil, le recuerdan como

grande latinoamericano. Funda en 1912 la Asociación Latinoamericana de Cuba. Entonces comenta: "El medio, las circunstancias, los desalientos, interrumpieron el ímpetu inicial; pero la animosa tentativa queda como un antecedente" (7).

Es que la normalidad cotidiana era el extrañamiento, y la unidad sólo un ansia de remontar la corriente, y esta fue una experiencia una y otra vez repetida. Recordando su pasaje por Montevideo, nos dice: "Pero a través de las mareas que se levantaban y morían, no podía dejar de percibir yo, en el panorama general del viaje, algo del Sisífo simbólico que elevaba penosamente la piedra y la veía caer de nuevo en una eterna labor contrariada por fuerzas superiores. Pasada la llamarada de entusiasmo que significaba un paréntesis dentro de las preocupaciones locales, volvía a empezar el ir y volver de las fuerzas generadoras de confusión. Lo que había ocurrido en todas partes, tendría que ocurrir también en Montevideo". (8)

Sin embargo, "algo nos dice a todos, desde el Norte de Méjico hasta el estrecho de Magallanes, de un límite a otro de las comarcas donde triunfa el alma latina, que hay que coordinar el empuje y reunir el pensamiento de los países que se debaten en la sombra. Y algo que parece un estandarte hecho de todas las banderas empieza a flotar sobre los odios del Continente fraccionado.... Por más vivo que conserve el recuerdo de las querellas históricas, nadie puede dejar de sentir, las brisas de fraternidad que nos inclinan los unos hacia los otros. El buen sentido exige los congresos latinoamericanos. Si no los abre el presente, los madurará el porvenir; si no los realizan los gobernantes, los reunirá la juventud". (9). Apelar a la juventud, es referirse a la juventud universitaria. Estamos ya en las puertas de Córdoba.

3- Las cuestiones originarias de la Universidad

Hagamos aquí un breve interludio antes de Córdoba, para mostrar la problemática que es original y consustancial a toda Universidad. Para ello, nada mejor que apresarla en su nacimiento. De tal modo, captaremos "in status nascendi" las tres dialécticas constitutivas de la Universidad, y tendremos el esquema básico para la interpretación específica de Córdoba.

La Universidad designa a la vez, una vocación al conjunto del saber, a lo universal, y una "comunidad", una organización corpora-

tlva que abraza maestros y estudiantes. Tal institución es una de las magnas creaciones de la Cristiandad medieval europea. Su eclosión en el siglo XIII (se toma como punto de partida la Universidad de París en 1921), manifiesta desde el principio la dinámica de contrarios que va a ser la esencia de su vida. Una doble dinámica: las tensiones de autoridad-crítica (que es inherente a la razón) y la polaridad maestros-estudiantes, que se entrecruzan pero no se confunden. La Universidad es el lugar institucionalizado (y la institución, autoridad y crítica investigación y por otro lado, también se anudan y contradicen las generaciones, y la dialéctica de maestro-discípulo, oscila frágil entre la primaria de padre-hijo y la final de fraternidad igualitaria, hermano-hermano. El maestro está tironeado entre la monarquía paterna y la libertad fraterna. Nadie le librará de su ambigüedad: ser a la vez padre y hermano, dictador y compañero.

En el aspecto "autoridad-crítica", la Universidad se liga de suyo al surgimiento de las ciudades. Es un fruto intrínsecamente urbano de las burguesías nacientes. La razón y las ciudades han sido inseparables compañeras, y suspicaces ante el primado tradicional y de imaginación metafórica rural (lo que no significa que esta estuviera desprovista de inteligencia. La han tenido más que innumerables y presuntos "racionalistas"). Universidad y ciudad irrumpen en el viejo mundo feudal, con sus monasterios señoriales aislados en el campo, con su trabajo agrario-artesanal y sus vidas contemplativo-litúrgicas, con sus trabajos agrario-artesanal y sus vidas contemplativo-litúrgicas, con sus escuelas y su "lectio divina" (lecturas, conferencia espiritual del abad). Por el contrario, "magister", maestro, comenzó por designar a predicadores itinerantes, fraternos, que introducían entre las lecturas y la predicación la disputa, es decir, la cuestión o problema a dilucidar. Así, el viejo método pacífico y autoritario de la lección le sucede el diálogo de la "disputatio". Con el racionalismo de Abelardo, precursor, se contraponen dialécticamente las opiniones y argumentos opuestos, las objeciones, el Sic et Non. Son las célebres "Queestiones Quodlibetales" (Problemas acerca de un tema cualquiera), todo es problematizable, que proliferarán en el racionalismo escolástico, hijo de la discusión universitaria, donde siempre hay que "dar razón". Así las "disputatio" son la objetivación de la primigenia vocación racional de la Universidad, y su modo de intercomunicación maestro-estudiante. Bajo cualquiera forma, la disputatio es esencial a la Universidad como tal. Un ejemplo arquetípico de tal situación será la tarea emprendida audazmente por Santo Tomás, defensor acérrimo de las luces propias

de la"razón natural" y fundador de la teología como ciencia, inteligencia sistemática de la Revolución, "Intellectus Fidei" de la Palabra, delimitando sus relaciones y autonomías recíprocas. La Suma Teólogica es la más formidable ebullicición de "cuestiones". Luego, sus discípulos las degradaron en la idolización del comentario y el axiomatismo. Y eso que su maestro advirtió "el argumento basado en la autoridad es debilísimo"! La escolástica, que el tiempo y ciertos avatares históricos, han convertido en palabra desmonetizada, ha sido la primera gran reivindicación moderna de la razón, desde y en la Universidad. Su mismo nombre lleva el signo de esa gloria, y su peligro, que es la caída en la escolaridad, habitualidad y repetición, de convertirse así de asunción racional en su contrario, autoridad mecánica. Toda renovación lleva ese destino, y sólo una produnda autocrítica puede recrearla una y otra vez transfigurada a la luz de nuevas situaciones. Porque toda disputa puede decaer en banalidad y formalismo, y la institución Universidad lleva también la banalidad en sus entrañas. Las Reformas se convierten en banalidades rituales, escolásticas, como es el caso hoy entre nosotros en Córdoba. Y ya estamos transitando hacia el otro aspecto, que es el de la relación maestro-estudiante.

El mismo ejemplo anterior nos será ejemplar. En aquel entonces los "scholars", enseñantes, eran clérigos (todavía hoy en francés "clero" conserva su sinonimia con "intelectual") y la presencia del mendicante dominico Tomás suscitó graves conflictos en los que se entrecruzaban motivos ideológicos y de celo profesional. Hubo polémicas en el claustro, protestas y huelgas estudiantiles solidarias con Tomás. Incluso muere un estudiante en refriega con la policía y se abuchearon a dos bedeles encargados de leer la expulsión de Tomás, etc. Es decir desde su principio en la Universidad se generó la tensión entre los cuerpor profesoral y estudiantil, y éstos esperaban decisivamente en la elección, mantención o destitución de maestros. De un modo u otro, a la Universidad le es esencial siempre, el alboroto, la huelga y la coparticipación estudiantil en sus derroteros. Desde el principio, se plantearon las luchas de maestros y estudiantes y se ha dicho entonces que "si París era la corporación de maestros, Bologna era la corporación de estudiantes". Como acotación, señalemos que la Universidad comenzó con gratuidad de la enseñanza y de los grados (Concilio de Letrán, 1779), pero luego vinieron las derogaciones, y en el Renacimiento ya era aristocrática.

Desde el origen, la Universidad también fue un cuerpo con privilegios y autonomías, y la tercera de sus dialécticas será su relación en la sociedad, con los otros poderes bipolares de toda sociedad: el temporal (Estado) y el espiritual (Iglesia). Tomamos aquí los nombres en su sentido más amplio: de algún modo todo poder espiritual es también temporal y viceversa, pero es lícito distinguirlos y tomarlos como una bipolaridad ideal que existe en toda sociedad posible. De hecho hay una tendencia inherente de la Iglesia a subsumir al Estado y una tendencia del Estado a subsumir a la Iglesia. Cuando esto ocurre, de un modo y otro, nos encontramos ante el hecho "totalitario" y la Universidad no tiene autonomía por sí, sáno como autoeliminación del poder existente. Por el contrario, en los momentos en que hay vacíos en el "poder espiritual" y en el "poder temporal", la Universidad puede asumir transitoriamente el rol de un "poder espiritual con vocación temporal", y convertirse en semillero de reforma social e intelectual, como ocurrió en las Universidades alemanas del romanticismo, o los estudiantes rusos en los turbulentos decenios que prepararon la revolución de octubre. Son los momentos episódicos y fulgurantes de los universitarios, pues luego el Estado (identificado o no con la Iglesia -o partido-) retoma sus fueros. Lo que queremos mostrar es que de suyo la Universidad, es como mediación inestable entre el poder espiritual y el poder temporal, y que podría justificarse desde su ser mismo su autonomía tanto del poder eclesiástico como del poder administrativo. Si primero la Universidad tuvo el amparo de la Iglesia y luego el del Estado, pareciera que hoy fuéramos en camino de encontrarle un nuevo status jurídico de orden internacional. Pero esto ya es harina de otro costal.

En resumen: visualizamos ya las tres dialécticas que configuran a la Universidad distintas y enlazadas entre sí, que son las de autoridad-crítica, maestro-estudiante y poder espiritual-temporal. Estas dialécticas variarán sus modalidades y contenidos, pero en ellas están planteados todos los problemas fundamentales de la Universidad. La Universidad es eminentemente conflictual, a pesar de sus largos períodos conformistas, y un poder espiritual de vocación intrínsecamente temporal. La Universidad es fábrica de protestas, pues la razón crítica sólo avanza protestando, acatando y volviendo a protestar, hacia si misma (la Universidad), o hacia el otro (la sociedad) donde está inmersa. Y lo que importa no es sólo la protesta o el acatamiento, sino sus contenidos, pues sólo por éstos,aquellos adquieren sentido. Todas estas múltiples tensiones, anudadas, las reencontramos en el movimiento de Córdoba.

4- De Córdoba a México

La premonición de Ugarte se cumplía. Córdoba daba la voz de reunión de las juventudes latinoamericanas en su célebre manifiesto del 18: "La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sudamérica". Fue un reguero de pólvora en todos nuestros países, e incluso se propagó en Brasil. Y bien, cuáles fueron las condiciones concretas del detonante cordobés y las razones de su expansión.

Se estaba al fin de la Primera Guerra Mundial, que en realidad fue sólo la guerra de los imperios metropolitanos: Europa quedaba postrada y desangrada, las monarquías tradicionales se derrumban -último vestigio de cristiandad en el seno de capitalismo: la rusa ortodoxa, la alemana luterana y la austríaca católica- y la llamarada de octubre rojo cubría la tierra de maximalistas, inaugurando la revolución socialista, cuando Valery suspiraba por las "civilizaciones mortales", y Spengler escribía agorero la "decadencia de Occidente". Y un Wilson idílico y poderoso anunciaba la "paz perpetua" a la vez de intervenir con sus tropas en Méjico y las Antillas. La periferia semicolonial entraba en sus primeras convulsiones creadoras, desde Sun Yat Sen que terminaba con el "Celeste Imperio" hasta Kemal Ataturk, que, volteriano, liquidaba al Imperio Otomano, Sultán y Califato juntos. La primera crisis mundial del imperialismo remataba con la sobrevivencia de los viejos imperios dinásticos medievales en su regazo (Japón, luego, será de los últimos.... e Inglaterra). Entonces los jóvenes argentinos proclamaban: "Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten; estamos pisando una revolución, estamos viviendo una hora americana". Ingenuamente, ante el traspié de Europa, consideraban en su orden del día que "el nuevo ciclo de civilización que se inicia, cuya sede radicará en América, porque así lo determinan factores históricos innegables, exige un cambio total de los valores humanos y una distinta orientación de las fuerzas espirituales". Así bajo el velo retórico y archimanoseado de "América, Nuevo Mundo", se mostraba más que un nuevo pensamiento, una nueva exigencia. Esa orientación era la de recuperar la estatura nacional de América Latina rompiendo las alienaciones semicoloniales. Y Córdoba, sin pensamiento aún para llenar esa exigencia, la suplió con grandilocuencias.

Córdoba se inscribe como efecto de la primera gran oleada de las clases medias en la historia en América Latina, que corre

entre 1910 y 1920 y casi la abarca por entero, con distintos grados de incidencia y poder. Batlle en el Urugüay, Urigoyen en Argentina, Alssandri en Chile, Billinghrst y Legua en Perú, Saavedra en Bolivia, Suárez en Colombia y Maderos y Carranza en Méjico, aquí complicada con la revolución agraria, serán sus portavoces. El eco de Córdoba es la repercusión social en la Universidad de esa onda sísmica que remueve a los viejos patriciados. Un cierto nacionalismo liberal, un "radicalismo", será su tónica, acentuada de modo diferente en Méjico, donde la eclosión es revolucionaria y toma ciertas consignas socialistas, y en Urugüay, donde se instala pacíficamente el Welfare con amplias estatizaciones de servicios públicos. El 17 serán el Colegiado uruguayo y la nueva Constitución de Querétaro mejicana. Un primer empuje de democratización sacudía la América Latina. Y Córdoba también querra democratizar a la Universidad, exigiendo la participación estudiantil. No soportará más a una universidad "parisina" y la tramutará en "boloñesa". Así, del movimiento cordobés saldrán los nuevos dirigentes para la segunda oleada de las clases medias.

Pero detengámonos un poco en la génesis de la Universidad latinoamericana, para trazar mejor el encuadre y momento del movimiento de Córdoba. Pues la Universidad tiene casi tan larga historia, entre nosotros, como la propia América Latina: llega con la conquista apenas a tres décadas del descubrimiento y ya se instala en Santo Domingo, fundada por los dominicos, hermanos de Tomas. "La España que descubrió a América tenía el mayor número de Universidades de Europa, incluso de las más brillantes. Timbre de gloria, trasplantar de inmediato sus vástagos de Alcalá y Salamanca, cuando apenas nacían los villorios hispanomaericanos. Las Universidades eran cumbre del sistema formativo. Se debe en especial a la Iglesia, por su fin y promotores. Todavía no se había separado la vida entre la Universidad y el Seminario, lo que ocurrirá luego del Concilio de Trento y los estudios teológicos y ciencias afines se cursan en la Universidad, y, cosa que hoy no se estila, se matriculaban en ellos estudiantes que no aspiraban a las Ordenes". (10) En ese singular proceso que va de la colonización a la nacionalización de las Indias, la Universidad y los Colegios Mayores cumplieron un papel fundamental. Santo Domingo, Lima, Méjico, Guatemala, Nueva Granada, Caracas, Cuba, Quito, Chile, San Felipe, Charcas, Córdoba, serán sus centros. Primero bajo el signo de la escolástica del barroco y Suárez; luego bajo el signo de la ilustración española y Rosseau. Dos vertientes mezcladas que pondrán su sello a los dirigentes de la primera emancipación. Pues no sólo se educaban

ahí los hijos del patriciado, sino también los de la incipiente clase media, como de Charcas, son Moreno, Monteagudo y Castelli o de Córdoba son Monterroso y el enigmático Dr. Francia. Salvo este último, en la guerra de la independencia la pequeña burguesía intelectual, integrada por numerosos clericos, tuvo un rol muy importante, pero relativamente fugaz. Su escaso peso específico le condenaba a una función "secretarial" dependiente finalmente de los caudillos o las oligarquías. Pero las grandes convulsiones de la primera emancipación significaban también el desmantelamiento de la "Cristiandad Indiana", y las Universidades modestas y renacientes a mediados del seglo XIX ya no tendrán cátedras de teología, y pasarán al dominio primero del espiritualista "eclecticismo" franco-escocés, cuya mayor encarnación será Andrés Bello, y luego al del Positivismo, en sus más variadas formas, en tiempos de la "modernización" de las oligarquías agroexportadoras. De esta última matriz, saldrá la Reforma de Córdoba, enemiga a medias.

Sin duda, el nombre mismo de "reforma" tiene como un lejano eco religioso, y de hecho es indudable el sesgo anticlerical de Córdoba. Ya habían existido otras "Reformas" en América Latina, la más importante de ellas fue la mejicana, encabezada por Juárez y consolidada por el gobierno de los "científicos" positivistas de Porfirio Díaz. Es que tanto el siglo XIX como los comienzos del XX, asistieron a la liquidación de los restos del régimen de "Cristiandad", en enconada lucha de liberales y "clericales". Las fuerzas del patriciado se dividían entre un sector mayoritario modernizador, dentro de las vías trazadas por el imperialismo en su apogeo, y otro más tradicional. Uno más ligado a los sectores comerciales, otro más a los sectores terratenientes. Y es dentro de este panorama que la iglesia latinoamericana, postrada por el desmantelamiento institucional e intelectual de sus cuadros de la independencia, comienza a reorganizar su osatura apoyándose en su roca salvadora, Roma y su Concilio Vaticano I. Esta era la fortaleza en la tormenta, la que permitió la larga convalescencia de la Iglesia latinoamericana, mediocre y conservó los canales para una nueva circulación de vida. Los ultramontanos, en su estrechez, protegieron la barga y la dejaron apta para nuevas navegaciones. Grandeza y miseria de un integrismo que cerró filas, y no estaba preparado para abrirlas. Y bien, el movimiento estudiantil se inauguró justamente en Córdoba, que conservaba, sus añejas tradiciones católicas, de reigambre hispánica. Por supuesto, también era un hervidero del clási-

co liberalismo masónico. La Reforma se inició en la Casa fundada por el gran Obispo Trejo, y tuvo en su contra a un obispo archirreaccionario crispado. Es que el conservantismo eclesiástico se proyectaba como conservantismo generalizado, aún junto a los que Irigoyen -nada anticlerical- calificaba de "régimen falaz y descreído", el de las oligarquías liberales en su época de oro. Esta confluencia de paradojas, explica parcialmente el tono anticlerical del movimiento cordobés, por un lado hijo putativo de las tradiciones del liberalismo oligárquico, aunque se planteaba contra éste, y por otro ante una Iglesia paralítica y encerrada en sí misma. Pero sin duda, ésta no era su principal enemigo, sino por añadidura, marginalizada comoestaba al proceso histórico. Además, la Iglesia latinoamericana carecía entonces de toda vitalidad intelectual, ignorante aún de las renovaciones profundas del pensamiento tomista y su apertura a la modernidad y la investigación experimental que ya irradiaba, por ejemplo, desde el 90 en Lovaina, con el cardenal Mercier. Seguía por el contrario en los devaídos trillos de la herencia de Balmes, con manuales eclécticos y apologéticos, que pululaban, señal de su' mentalidad a la defensiva. Será sólo en la década del 30 que el tomismo comenzará a ser conocido, e irrumpirá en una versión con doble rostro: Maritain y Garricou Lagrange; alimentado el primero, un laico converso, el surgimiento de clases medias católicas "demo-cristianas" (con nombres representativos como los de Tristán de Athayde más intelectual y Frei más político) y el segundo, un dominico que llevó a la calle el convento y no al convento a la calle, fortificando al pensamiento integrista, como el que anima al rector Derisi y su Universidad Católica de Buenos Aires. Cuando Córdoba no se vislumbraban, ni por tirios ni por troyanos estos del proceso posterior.

Decíamos que la matriz de Córdoba había sido el Positivismo. Conviene puntualizar más. La cultura semicolonial latinoamericana, imitativa, dependiente, sin densidad propia, se encauzó en el último tercio del siglo XIX bajo los cánones del pisitivismo de Comte y Spencer, Taine, con el "darwinismo social" junto a cosmogonías materialistas y evolucionistas, como el monismo de Haeckel y toda suerte de baratijas de segunda mano que nos arrojaba el centro metropolitano europeo. Así campearon la "Religión de la Humanidad" y la "Religión de la Ciencia" comodifuso y ubicuo poder espiritual. Ese nuevo poder espiritual venía a sustituír el vacío que dejaba la Iglesia, incluso quiso levantar la suya en Río de Janeiro, pero el lugar común de su residencia tenía que ser la Universidad, que simultáneamente procuraba, formando profesionales, su "actualización modernizadora", en el sentido preciso en que Darcy Ribeiro emplea la expresión. También desde este clima inteclectual se hicieron las más fuertes detractaciones al "mes-

tizaje" latinoamericano, a su inferioridad racial y a su lastre católico en comparación a la maravilla del modelo anglosajón. Por el contrario, el gran movimiento del "modernismo" latinoamericano, que lleva las contradicciones a su paroxismo, denota la quiebra más profunda de esas categorías. No se ha estudiado aún cómo el modernismo, nacido al margen de la Universidad, revela la más honda crisis espiritual latinoamericana de su historia: es el desfonde sin fondo del positivismo y el materialismo finiseculares, la aparición trágica de un ninilismo, un "Spleen", que tendrá la desesperación de nostalgias cristianas bajo coberturas esteticistas. José Enrique Rodó será uno de sus arquetipos pero es un fenómeno generalizado. De tal modo, Córdoba se sitúa en rigor dentro de la confusa crisis de positivismo y materialismo precedentes, y no está en condiciones de acuñar ninguna ideología propia, aunque la anhele en sus altisonancias. No puede escapar a la noria de un neoidealismo invertebrado, a la retórica de "idealidades" que son algo así como los trascendentales del tomismo (verdad, bien, belleza), pero sin fundamento, sin ser, sin Dios, quedando etéreos sobre el vacío. El ideal era el nombre de Dios ausente, y quizá solo de Nada, más allá de un rígido determinismo cientista que anulaba toda libertad real. Esta será justamente la problemática original de la "generación de los fundadores", de la filosofía en América Latina, contemporáneos de Córdoba. Así, las bases intelectuales de Córdoba son informes y deleznables, batiburrillo de ideas flotantes en el ambiente. Y la dialéctica universitaria "autoridad-crítica" no se cumple en profundidad, puesto que a autoridad amorfa, crítica no menos amorfa. Por otra parte, como hay una gigantesca vacancia del "poder espiritual" en América Latina, las luchas universitarias corren el riesgo de limitarse a defender su autonomía y libertades frente al "poder temporal" y degradarse en una exclusiva dialéctica de "maestros-estudiantes" asunto puramente interno, más o menos descabezado.

En suma, según la intensidad del reto social, la Universidad oscila en su proyección: cambiar la República o hacerse ella misma "república". Lo primero, si logra crear un auténtico poder espiritual, y si no, lo segundo.

Sin embargo, del modernismo -sus hombres eximios como Rubén y Rodó mueren en sus umbrales- extraerá Córdoba su lección hispanoamericana. Los ideales bolivarianos descienden hacia la realidad, se trasmiten de los intelectuales a la juventud. Mejor di-

cho, están como a mitad de camino hacia la realidad, puesto que la juventud puede asumirlos porque todavía no ha sido apresada por el mecanismo alienante del sistema cotidiano de vida de cada país, volcando hacia afuera y localista, sin vínculo orgánico con el resto de América Latina. Ya no será un puñado de intelectuales y poetas: la segunda generación latinoamericana concregará multitud de jóvenes. Y la roca de Sísifo de Ugarte pasará de juventud en juventud, durante décadas. Pero Córdoba será un nuevo jalón en la larga marcha de América Latina, en pos de su unidad nacional. Decía entonces en Córdoba, Saúl Taborda: "seamos americanos. Seamos americanos por la obra y por la idea y no simples factorías".

El primer Congreso Americano de Estudiantes (anterior a la Reforma fue en Montevideo en 1908, y tuvo como aspiración la representación estudiantil. Estas reuniones de jóvenes se hicieron todavía de "frac". Pero las clases medias fueron sumergiendo a los señoritos engominados, y la tonalidad fue de más en más populista. Estamos también en los comienzos tímidos de la industrialización latinoamericana, la aparición de la clase obrera, y el reformismo cordobés recogerá esa inquietud en su consigna siempre intentada, nunca realizada plenamente, de las Universidades Populares y la unidad obrero-estudiantil. Paradójicamente, la Reforma Universitaria nacida en el Río de la Plata, quedará aquí estancada, repitiéndose conformista, porque es donde las clases medias consiguen más facilmente su lugar bajo el sol. En el Uruguay languidecerá en el Centro Ariel y raquíticas Universidades Populares paralelas a la oficial, que les quitaba funcionalidad. En cambio, la Reforma adquirirá virulencia creadora en los países donde la oligarquía no cede el paso, y apela a las dictaduras para mantener el statu quo. Es allí donde tendrá sus mayores exigencias ideológicas y organizativas, es allí donde será reflexionada más hondamente y generará grandes partidos populares.

La Reforma atravesó de un extremo a otro América Latina. Si arranca en Córdoba, su primer Congreso es propiamente el de Méjico, en septiembre de 1921. Abarcaba de Tierra de Fuego a Rio Grande. Era el Primer Centenario de la Independencia de Méjico, y la Federación de Estudiantes resolvió convocar a un Congreso no sólo latinoamericano, sino internacional. Pero la asistencia de delegados alemanes, norteamericanos y chinos no le quitó su índole esencialmente latinoamericana. Fue presidido por el Rector José Vasoncelos, hombre extraordinario, educador, político, filósofo, el más grande intelectual católico latinoamericano de la primera

mitad del siglo XX -hoy olvidado como es rutina en las renovaciones de las "generaciones sandwich"- que luego culminara su concepción hlspanoamericana en su obra "Bolivarismo y Monroismo", heredero de lo mejor del modernismo y con una visión del mundo no lejana de Teilhard de Chardin. Los delegados estudiantiles al Congreso han dejado su huella en nuestra historia: Cossio Villegas, Henríquez Ureña, Lombardo Toledano, Miguel Angel Asturas, Orfilia Reynal, etc. Allí se pronuncia: "La juventud universitaria proclama que luchará por el advenimiento de una nueva humanidad", destruyendo la "explotación del hombre por el hombre" y reafirmando su fe en los "fines espirituales del hombre", condena "las tendencias de imperialismo y de hegemonía y todos los hechos de conquista territorial, y todos los atropellos de fuerza" y "el avance imperialista sobre Nicaragua y Santo Domingo", etc. Por otra parte declara que es obligación de los estudiantes el establecimiento de Universidades populares.

Sin embargo, si el foco pasaba de Argentina a Méjico, también en Méjico había una revolución victoriosa, y poco a poco se recluía sobre sí mismo. Quién tomaría y desarrollaría las banderas de la Reforma? En qué ámbito? Donde todo estuviera por hacer? Dónde la Reforma no fuera un resultado sino un principio? Allá en el Perú, el joven líder reformista Haya de la Torre se hacía rector de las Universidades Populares. De ella extraerá la idea social: Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales. De la persecución y el exilio, transitando desde el Río de la Plata a Méjico, abarcará la nación entera y dará un nuevo paso: fundará el Apra (Alianza Popular Revolucionaria Americana) desde una visión indoamericana, recogiendo en un nivel superior los planteos de Rodó y Ugarte, Córdoba daba su fruto auténticamente político e intelectual.

Y llegamos aquí al centro del epicentro cordobés, Haya de la Torre y el Apra. El bolivarismo quería hacerse práctica concreta.

Notas Marginales

1. Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio: "Universidad y Estudiantes" (Ed. de Palma, Buenos Aires, 1962) Pág. 17.

2. Tulio Halperin Donghi: "Historia de la Universidad de Buenos Aires" (Ed. Eudeba, 1962) Pág. 132.

3. Citado por Rafael Alberto Arrieta "Introducción al Modernismo literario" (Ed. Columba, Buenos Aires, 1956) Pág. 56.

4. Samuel Flagg Bemis: "La Diplomacia de Estados Unidos en la América Latina" (F.C.E. México 1944) Pág. 149.

5. José E. Rodó: "Bolívar" (en Obras Completas. Vol. IV Ed. Barreiro y Ramos. Montevideo, 1954) Pág. 122.

6. Manuel Ugarte: "El destino de un continente" (Ed. Patria Grande, 1962) Cap. I. "El lobo y los corderos" Págs. 24 y 13.

7. Manuel Ugarte: op. cit., pág. 69

8. Manuel Ugarte: op. cit., pág. 282.

9. Manuel Ugarte: "El Porvenir de América Latina" (Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1950, Pág. 111.

10. En la obra colectiva: "El legado de España a América" (Ed. Pegaso, Madrid, 1954) Tomo II. Constantino Bayle S.J. Pág. 339 a 441.

El presente trabajo fue sacado de:

Corporación de Promoción Universitaria. C.P.U.
Santiago de Chile, 1969